

FIEBRE AMARILLA Y UNA SEPULTURA

Por

Ricardo Darío Primo

ricardoprimo@ateneohyv.com.ar

Publicado en Diario El Norte de San Nicolás

El 22/11/1990

Basado en la magistral obra de Bernardo González Arrilli –Historia Argentina

El año 1871 la "fiebre amarilla" diezmó a la ciudad de Buenos Aires. Hay un episodio impresionante, narrado por el poeta Carlos Guido y Spano en una carta de ocho años después. Había formado parte activísima de la comisión popular que corrió con buena parte de los trabajos que la epidemia impuso.

Para formarse una idea de la situación, bastaría narrar un episodio en el que le tocó ser actor, escribía:

"Era una noche pavorosa; la mortandad durante el día había sido horrible. Solo uno de mis compañeros, Barbatí, creo, quedaba de guardia en el viejo edificio ocupado por la comisión popular donde ¿recuerdas? constituí mi domicilio desde el primer día en que ésta empezó a funcionar.

A eso de las diez se presenta una sirvienta despavorida, en demanda de un ataúd, para una señora que acaba de morir de la epidemia, solicitando asimismo se la lleve a enterrar. ¿Quiénes la muerta?. Asómbrate; la señora Luisa Díaz Vélez de la Madrid, la hermana del general Díaz Vélez, uno de los jefes más gloriosos de la independencia; la viuda del general La Madrid, el héroe novelesco de nuestra gran epopeya.

Agrega a estos títulos, que la digna matrona figura por su patriotismo, las peripecias de su dramática vida, siguiendo a menudo a su marido en los peligros, sus virtudes clarísimas, entre las mujeres notables de la República Argentina. ¡Y está sola, abandonada, sin que haya quien la conduzca al sepulcro!

Sus hijos, sus criados, se hallan ausentes o devorados por la fiebre; los amigos, por una y otra causa, han desaparecido.

La comisión popular no se encargaba ya como el principio de enterrar los muertos, habiendo tomado sobre sí la municipalidad esa incumbencia. Inmediatamente corro allí a dar aviso; cerrada.

Acudo a la policía; sólo hay un oficial de guardia nada se puede hacer a esas horas, ni por consiguiente ser representada la autoridad de ninguna manera en el acto de rendir el último homenaje a tan ilustre dama.

Busco al comisario del cuartel donde quedaba su casa (próxima a la iglesia de la Concepción); no está. Le escribo. A las doce se manda un carro de tráfico a recoger el cuerpo para ser arrojado con otros a la madrugada del siguiente día en la fosa común. Más ya había tomado mis medidas y se evitó esa afrenta.

Un joven chileno, apellidado Pereira, al servicio voluntario de la comisión popular, acompañado de un celador, tenía orden mía de echar abajo las puertas de las dos o tres cocherías, únicas en ejercicio, hasta encontrar un carruaje y un féretro. Cumplió bien. A media noche estaba con lo necesario en la casa mortuoria, donde entraba yo por primera vez, no habiendo visto jamás a la finada.

Contemplé su cadáver; una santa. Minutos después iba yo camino del cementerio del Sur. Créelo, me sentí entonces melancólicamente envanecido de que a mí y no otro de mis

compañeros, que cualquiera de ellos hubiese hecho lo mismo, me tocase el privilegio altísimo de aquella ilustre custodia. ¡Qué vueltas no da el mundo!

Un hijo del general Guido, quien siempre había figurado en el partido contrario al del general La Madrid, durante nuestras guerras civiles, era designado por la suerte para sepultar a la fiel compañera de ese bravo soldado, en el suelo de la patria, tantas veces y tan heroicamente regado con su sangre.

Llego al cementerio, donde hubo ese día de enterrarse setecientos cadáveres; soledad espantosa. No permito que Pereira baje del coche, o celoso quizá de compartir con un extraño el honor de llevar a la tumba los despojos confiados a mi guarda, en momentos de suprema angustia, por la piedad filial. Sacudo reciamente la verja de hierro que ciega la fúnebre mansión. Un sepulturero, soñoliento, desarropado, cubierto todavía del polvo de las fosas recientemente cavadas llevando una linterna en la mano, se sorprende de verme a tales horas. Pregunto por el administrador, el infatigable, el valeroso Carlos Munilla. Duerme. Voy a su habitación y mis grandes golpes le despiertan.

- ¿Qué hay?

Abre la puerta. Me reconoce, me abraza.

-Tocayo, traigo la viuda del General La Madrid

-Bien, me dice golpeándose la frente, a la madrugada le daré sepultura; hoy no ha habido tiempo para enterrar todos los muertos; muchos más de doscientos, han quedado insepultos. La dejaremos depositada en la capilla.

- No, ahora mismo la haremos enterrar; no puedo, no debo abandonar estos restos.

- Sólo hay cuatro sepulturas abiertas de las que ha mandado reservar la municipalidad para los que sucumban de sus miembros. Esta mañana han traído a Vitón; aquí está.

Pues bien, en la mejor de ellas, bajo nuestra responsabilidad, depositemos a nuestra muerta.

Manilla accede en el acto y entre ambos la sepultamos silenciosamente a la luz de un faro. Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas.

Dos días después el pobre Pereira estaba en la eternidad y el negro cochero que me condujo al camposanto agonizaba".

Así vivieron y murieron los que tomaron parte en el engrandecimiento de la Patria. Se iban olvidados y muchos de ellos sin pompas ni glorias. Con sus despedida se fueron cerrando las cicatrices del país que todavía sangraban. La fiebre amarilla fue sólo un camino más de eternidad que condujo a mucha gente a una vida mejor. Por ello hoy en APUNTES DE HISTORIA ARGENTINA; esta columna se dedica a nuestros héroes y sus familias que casi en silencio... inadvertidos se fueron para, desde el cielo, ser la luz que ilumine nuestro futuro como nación